

Bogotá. Se le reinscribió en la lista militar, con su grado de General y la antigüedad de 8 de Mayo." (1)

Este acto de justicia se debió á la espontánea iniciativa del General Pedro Alcántara Herrán, que fue siempre más que amigo, hermano del alma del General ORTEGA. Herrán, con motivo de la reinscripción en la lista militar, le regaló unas charreteras y un rico tahalí bordado de oro.

"En seguida fue nombrado Director del Colegio Militar, establecimiento de la primera importancia, planteado por ORTEGA desde lo material del edificio, y donde no muy tarde se vieron lucir á multitud de jóvenes como un ornamento de la República y como la prueba más positiva de que el tiempo se había aprovechado, y de que tanto el Jefe como los catedráticos supieron corresponder á la confianza del Gobierno. Existen, como testimonio de esta verdad, Borda, Ponce, Ortega, Escallón, Merizalde, Liévano, Santamaría, Arrubla, París, Caycedo y tantos otros que, en diferentes períodos, pertenecieron al establecimiento.

"En 1850 ORTEGA fue removido del destino, porque sus opiniones políticas no estaban en armonía con las de los miembros de la Administración pública." (2)

(Continuará)

COSTUMBRES DE TIERRA CALIENTE

EN LA REPUBLICA DE COLOMBIA

(De la *Ilustración Española y Americana*)

La aldea, pequeñita y blanca como poblado de nacimiento, con sus casitas diseminadas por la ladera, se encuentra escondida entre dos rugosidades de la montaña que la ocultan celosamente de las miradas del viajero, y semeja en su conjunto algo así como un collar de perlas entre un estuche de raso verde.

(1) Cód. I.

(2) Cód. I.

Por un lado la domina altísimo cerro, y por el opuesto, un plano inclinado conduce al río, cuyo curso marca el *thalweg* del valle. De la opuesta orilla sube otra empinada ladera, que allá á lo lejos descuella en innumerables picos de formas caprichosas.

No es propiamente un valle, puesto que no tiene un palmo de tierra llana, sino un inmenso seno formado por dos cordilleras de bastante elevación, que se estrechan en la base sin dejar más espacio que el cauce del río, bullicioso y cristalino, que corre, ora saltando por entre enormes piedras, ora explayándose en remansos sombreados por árboles y cactus de flores rojas y blancas.

El terreno de todas estas laderas se halla dividido en pequeñas estancias, deslindadas por hileras de árboles ó matas de fique, y en cada estancia hay una casita rodeada de una huerta de plátano. Los campos sembrados ostentan diferentes matices, en que alternan el amarillo de la caña de azúcar, el verde oscuro del maíz y el pálido de la yuca. Hay lomos salientes cubiertos de hierba menuda, donde pastan caballos y bueyes haciendo milagros de equilibrio, y cañadas húmedas donde crecen bosquecillos de sauces. A trechos, como cosa de juguete, otros pueblos con risueños caseríos de teja entre arbolado de naranjas, guayabas y chirimoyas.

Nada más hermoso y pintoresco que esta región enclavada entre las breñas andinas. Una inundación de verdura parece descolgarse por la serranía, para ir á precipitarse en los raudales que corren en el fondo; la atmósfera, tibia y saturada de aromas, es tan pura y transparente que permite ver los detalles del paisaje á larguísimas distancias, y la luz radiosa, intensa, del sol tropical, le presta mil tonos al grandioso cuadro y hace bullir la vida en aquella espléndida naturaleza.

Porque este nuestro sol, que allá en las zonas polares se vuelve un ovillo y no sirve para maldita la cosa, y en las templadas se va orillando por el cielo, como vergonzante

mirando de soslayo, acá en nuestra zona se muestra lleno de arrogancia y hiere de frente, seguro de su fuerza. A las seis de la mañana, caliente; á las diez ya quema, y á las doce en punto, encaramado en lo más alto del cielo, envía sus rayos abrasadores á fondo y pone hasta la misma sombra en vergonzosa fuga. Es este el momento en que la brisa vuela á esconderse en la espesura, los insectos se deslizan á lo más oscuro de sus agujeros, las aves callan, las flores retienen su perfume, los ganados buscan la sombra de las enormes ceibas, y el rey de la creación despliega su hamaca de mallas, se tiende en ella, le imprime un ligero impulso y embriagado por el vaivén rítmico y blando, se entrega al placer de la siesta.

En esa aldea pequeñita y blanca me encontraba de veraneo hacía algunos días, lejos de la fría altiplanicie bogotana, respirando á pleno pulmón los aires sanos y vivificantes de la montaña.

Aquella tarde del 7 de Diciembre, víspera de la fiesta de la Inmaculada, notábase una gran animación en el pueblo. Por enfrente de la casa donde me había hospedado, pasaban en alegre caravana grupos de campesinos, unos enarbolando á manera de estandartes grandes candelabros de bambú y maguey primorosamente trabajados, otros formando pequeñas orquestas de los instrumentos populares. Vestían sus trajes domingueros: ellos con calzón de dril, camisa aplanchada de azulados visos, el poncho blanco de listas rojas airoosamente terciado sobre el hombro y sombrero de paja de anchas alas; ellas con enagua azul ó rosada, camisa descotada con tiros de encajes ó fruncidos, el pañolón de cuadros vivos abierto por delante y ceñido á la cintura, y flores rojas en la cabeza.

Todas estas gentes eran estancieros de las cercanías, que venían al Rosario y sobre todo á una ceremonia curiosísima que tiene lugar en vísperas de la Concepción: la *quema* del diablo.

A las seis y media empezó el Rosario, y terminado que fue salió la procesión con el paso de la Virgen, lleva-

do en hombros por cuatro de los más robustos mozos del pueblo. Primero venía la cruz alta con dos ciriales; en seguida dos filas de campesinos, los hombres á un lado y las mujeres al otro, todos con sus candelabros encendidos; entre éstos la efigie y delante de ella una cuadrilla de niñas regando flores. Por último el sacerdote, revestido de capa magna, acompañado de varios acólitos, cantores y multitud de devotos.

Organizada así la procesión, dio lentamente una vuelta á la plaza, deteniéndose en las esquinas. A cada parada, una de las niñas recitaba una corta composición en verso. Después, ¡*Salve!* entonaba el sacerdote con voz robusta y sonora, y toda aquella multitud caía de rodillas y elevaba su plegaria con el mayor fervor y recogimiento.

Mientras tanto la noche había cerrado por completo, y súbitamente por todos los ámbitos de aquel inmenso anfiteatro de montañas se encendieron grandes hogueras. A cualquier punto del horizonte que la vista se dirigiese, en las laderas, hondonadas, en las cimas, aun en los más lejanos picachos de la sierra, resplandecían millares y millares de puntos rojos, como brillantes lentejuelas engarzadas en un manto oscuro.

No bien hubo entrado la procesión en la iglesia, cuando por el extremo opuesto de la plaza penetró la figura más estrambótica y extraña que imaginarse pueda: es decir, el mismísimo diablo en persona. El cual era un pelele de grandes proporciones, ó como si dijéramos de tamaño heroico, trabajado al interior con pólvora y vestido con camisa roja, calzón blanco, enormes botas y espuelas. Una cara negra horrible, como para dar la pesadilla á los chicos. Venía montado en un buey que un muchacho conducía del ronزال, y le acompañaba una turba de pilluelos con música de pífanos y tambores.

Con que algazara fue recibida su majestad infernal, no hay para qué contarle. Al punto prendieron grandes fogatas alimentadas con cañas secas de maíz, colgaron al

pelele de una cuerda que de dos altos postes pendía, y le pusieron fuego por uno de los pies.

En el acto, por un cordón de pólvora, el fuego se comunicó á la cabeza, los cuernos se volvieron dos teas, y comenzó á arrojar chispas por aquella bocaza y á escupir globos rojos, mientras se le zarandeaba de lo lindo. Al fin prendióse por entero, y merced á un trueno gordo que en el vientre escondido tenía, el pobre diablo estalló con el ruido de un cañonazo, y voló en fragmentos entre los gritos y risotadas de aquellas buenas gentes.

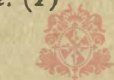
Luégo vino el baile. La concurrencia se abrió, dejando un espacio libre en medio de la plaza; templaron los músicos sus instrumentos, y tras un sonoro *rasgueo* empezó el bambuco.

La música de este baile, esencialmente colombiana, es originalísima. Yo no sé qué sentimientos infunden en el alma aquellas notas sentidas, alegres y á la par tan dulcemente tristes, que forman, como dice el poeta:

.....
*Una melodía incierta,
 Intima, desgarradora,
 Compañera del que llora,
 Y que al dolor nos despierta;
 O una risa de placer
 Instadora, turbulenta,
 Que arrebatada, que impacienta
 Con eléctrico poder.*

.....
*Porque ha fundido aquel aire
 La indiana melancolía
 Con la africana ardientia
 Y el guapo andalus donaire. (1)*

(1) Rafael Pombo.



Para apreciar debidamente el bambuco es menester oírlo tocar en instrumentos de cuerda : tiple, bandola y guitarra, y si á esto se le agrega pandereta y *chucho*, el efecto es irresistible. Este último instrumento consiste en una caña hueca de bambú, de 45 centímetros de longitud, cerrada en sus extremos con pergamino y unos cuantos granos de maíz adentro. Produce un sonido seco y nervioso, y sirve para marcar el compás.

Hacia un lado del espacio libre que servía de salón había una docena de muchachas guapísimas : eran las parejas. En esto se adelantó uno de los mozos, se dirigió á una de ellas, y á guisa de invitación le hizo una pequeña venia. La muchacha, sonriente, avanzó unos pocos pasos y se detuvo. Apartóse el hombre y entonces empezaron verdaderamente los movimientos agitados de este baile, que parece representar á lo vivo y en pantomima la historia del amor con sus anhelos y esquiveces.

Empieza el hombre con un paseo hacia la pareja, como para invitarla ; ella cede y le sigue, y avanzando y retrocediendo ejecutan varias figuras en que ya se buscan, ya se esquivan. Hay momentos en que, como impelidos el uno hacia el otro, van á encontrarse, pero cuando parece que se tocan, ella, con una media vuelta huye y se va. Entonces el hombre la sigue siempre, hasta que después de un zapateo final se retiran, y una nueva pareja ocupa el puesto.

A las diez, todo había terminado : los campesinos empezaron el regreso á sus estancias, y al avanzar en fila india por las angostas veredas, sus candelabros encendidos semejaban largos gusanos de luz deslizándose por los flancos de la montaña. Las grandes hogueras que tachonaban el vasto horizonte lanzaron sus últimos destellos, y todo quedó sumido en la oscuridad y en el silencio.

JOSÉ MIGUEL ROSALES

